

## II

## EN LA PRIMERA COMUNIÓN DE HELENITA MALLARINO

Gracias a Dios que amante nos ofrece  
Entre tantas escenas de amargura,  
Esta, en que dicha sin igual fulgura  
Y que las mismas penas embellece.

Hoy tu inocencia cándida florece,  
Bendita con el riego de la altura;  
Hoy en una infantil, humilde y pura  
El Señor de los mundos se adormece.

Blanca como seráfica azucena  
Que ofrece a Dios sus prístinos efluvios  
Te acercas a la mesa soberana.

Y al mirarte llegar de gracias llena,  
Coro gentil de querubines rubios  
Van al encuentro de su dulce hermana.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Julio 2 de 1915.

---

**EL COLEGIO DEL ROSARIO**

**y su actual Rector, el señor doctor Rafael María  
Carrasquilla**

(CON OCASION DE LAS BODAS DE PLATA DE SU  
RECTORADO)

Dice el historiador francés Mancini, en su erudita obra sobre Bolívar, que era el Colegio del Rosario, a fines del siglo XVIII, el más brillante de cuantos en esa época funcionaban en las capitales de las colonias hispano-americanas. Añade el mismo, que fue en la capital del Virreinato de Santa Fe en donde las ideas repu-

blicanas encontraron mejor preparado terreno en la América española.

Estas apreciaciones de Mancini están perfectamente justificadas por los hechos que registra nuestra historia patria y a ellas nosotros añadiremos algunas más, en este día, en que el cumplimiento de un deber de gratitud nacional para con el Rector actual del Colegio trae a nuestra mente el pasado de aquel Instituto glorioso.

\*\*\*

Mucho se ha ponderado por ciertos historiadores el atraso intelectual en que España mantuvo a sus colonias americanas. Sin desconocer que en ellas la instrucción pública se mantuvo muy lejos del grado de progreso realizable y apetecible, la verdad es que, como lo anota Menéndez y Pelayo, tampoco España había obtenido en aquella época mayores progresos, y en esta materia mal podía la Metrópoli dar a sus colonias lo que ella misma no tenía. Preciso es también reconocer que desde fines, si no desde la mitad del siglo XVIII, el gobierno español hizo esfuerzos notables por el mejoramiento de la instrucción pública en sus colonias. Gobernantes tan ilustrados y de tan altos anhelos como Caballero y Góngora y Espeleta, en Nueva Granada; Revilla Gijedo, en Méjico; O'Higgins, en Chile, pusieron recomendable afán en impulsar y mejorar los establecimientos de educación y en difundir la instrucción pública. Por iniciativa, o con la cooperación del gobierno español, vinieron a las colonias sabios y profesores eminentes, europeos, como Bouger, Goding, La Condamine, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Mutis, etc., etc. Se fundaron nuevos colegios y se mejoraron los que existían, se reformaron los planes de estudio y se trató de imprimirles un rumbo más moderno. Al par que se atenuaban las restricciones para

la entrada de los extranjeros en las colonias, se restringían las prohibiciones para la introducción de libros, y las bibliotecas públicas y privadas se difundían y enriquecían. Se generalizaba el gusto por el estudio y se vigorizaban en la juventud aquellos ideales y sentimientos que engendraron la emancipación americana.

Con el atraso intelectual de las colonias españolas se ha ponderado así mismo la material postración de ellas y se ha intentado relacionar lo uno y lo otro con la acción y la influencia del clero y de las comunidades religiosas. Un espíritu desapasionado encontrará precisamente lo contrario: tanto el clero como las comunidades religiosas fueron elemento de constante progreso moral y material en las colonias hispano-americanas. Baste recordar la decadencia de todo orden que se notó en aquéllas, y que la mayoría de los historiadores reconoce, como consecuencia del edicto real del 27 de febrero de 1767, sobre expulsión de los jesuitas. Estos introdujeron a las colonias las primeras imprentas (la más antigua la de Méjico desde 1535); tuvieron en sus Colegios las más ricas bibliotecas y educaron en ellos varias generaciones, a las que corresponden los más ilustres nombres de la época colonial americana. Allí en esos colegios se salvaron del olvido la historia y la lengua de las razas auctótonas, que fueron objeto de especiales y detenidos estudios. En general los conventos en estas colonias fueron centros de saber y de cultura, y así se desprende de las mismas memorias de los virreyes. De ellos salieron los misioneros que por primera vez penetraron en las selvas y regiones desiertas de América; en ellos se trabajaron las primeras cartas geográficas de aquellas mismas regiones y se recogieron datos científicos de inapreciable valor. Los jesuitas en el Paraguay, en Mainas y en muchos otros lugares; los agustinos y franciscanos en Mocoa, en Sucumbios, en el Putumayo; los agusti-

nos en el Rionegro, etc.; etc., fueron infatigables y abnegados obreros de la civilización cristiana en esos territorios. Permanecieran en ellos todavía y no habrían sido algunos teatros de crímenes tan grandes como pocos de los que registra la historia humana.

En los albores de la independencia fueron muchos los miembros del clero secular que con su adhesión a la causa republicana prestaron a ésta importantísimo apoyo. Bastaría recordar los nombres de un Rosillo, de un Pey, de un Madariaga, de un Padilla, de un Gil, etc. Un jesuita, el Padre Vizcardo y Guzmán, nacido en Arequipa, publicó en Londres, en varios idiomas, aquel folleto *Vicet amor patriae* que vino a convertirse en una especie de catecismo cívico para la juventud hispano-americana.

La historia del Virreinato de Nueva Granada lleva en sus páginas indeleble huella de la acción civilizadora y progresista del clero secular y regular, y el Colegio del Rosario, entre otros, es testimonio secular de la bondad de aquella acción, como lo es también el de San Bartolomé. El Arzobispo Zapata de Cárdenas fundó en Santafé el Colegio de San Luis; el Arzobispo Lobo Guerrero le dio nueva organización y lo entregó a los Padres jesuitas y en él funcionó la *Universidad Javeriana* durante ciento cincuenta años. El Arzobispo Fray Cristóbal de Torres fundó el Colegio del Rosario en 1653, previa obtención de la cédula real que le dio los privilegios del afamado Colegio de Salamanca. El mismo Fray Cristóbal de Torres dictó las constituciones del Colegio, le dio organización adecuada y levantó en terreno de su propiedad el edificio donde todavía funciona hoy. Otro eclesiástico, Rector también del Colegio, el canónigo don José Miguel Masústegui, donó en 1764 al Colegio su cuantiosa fortuna y contribuyó así a asegurar la subsistencia de aquél. La obra de Fray Cristóbal ha perdurado intacta

por entre el voltario girar de nuestra vida nacional. El ilustre Arzobispo aseguró con las más acertadas disposiciones la subsistencia de su obra. Con razón dice el historiador Groot que es enorme la deuda de gratitud que tenemos los colombianos para con aquel prelado. El Colegio del Rosario pudo tener en la historia colonial establecimientos que rivalizaran con él en importancia, tales como el Colegio de San Carlos, de Buenos Aires, la Universidad de San Marcos de Lima, la Universidad de Méjico, pero no es aventurado decir que no hubo instituto americano que diera a la revolución americana tal número de hombres de los que habrían de conducirla a su triunfo. Ubérrimo y glorioso el Colegio del Rosario es en los días que precedieron a la constitución de las juntas de gobierno americanas, lumínico que difunde la luz de las nuevas ideas por toda la extensión del continente americano. Todo honor y gratitud sean tributados a quienes, impulsando el Colegio del Rosario y haciendo de él centro de las nuevas ideas, contribuyeron indirectamente a la constitución de la república.

En las cátedras del Rosario inició Mutis a sus discípulos en los secretos de las ciencias exactas, al par que en los principios de la filosofía moderna; desde esas cátedras arrojaron la simiente fecunda de la idea republicana hombres como Camilo Torres, Joaquín Camacho, Miguel de Isla, Félix de Restrepo, Francisco Antonio Zea y tantos otros, de los cuales fueron no pocos quienes de propagandistas y maestros de la causa republicana pasaron a ser mártires esclarecidos de ella. De los bancos de los discípulos de aquellos hombres se levanta luégo aquella pléyade de patricios, apóstoles de la religión de la república, que ofrendan por ésta su vida en los cadalsos o la sostienen y la defienden en la prensa, en la tribuna, en los campos de batalla.

Los profesores y colegiales del Rosario fueron los primeros prosélitos de la *filosofía nueva*, según el decir del más sobresaliente de los discípulos de Mutís, aquel que con su telescopio penetraba en «el cielo hondo y cristalino» de su patria, contaba «las estrellas luminosas y sorprendía el vago giro y las encendidas huellas de incógnitos cometas,» Caldas, prócer y mártir de la causa de la emancipación. La vida de aquellos prosélitos se confunde con la primera edad de la República y los anales de ésta son en buena parte la biografía de aquellos hijos del Rosario.

Nada más justo que de tiempo en tiempo se levante el alma colombiana en elación de gratitud hacia ese instituto, en que se vigorizó el espíritu de la independencia patria, y en el que después se formaron tantos hombres distinguidos de aquellos con cuyos nombres se ufana la historia de Colombia.

\* \* \*

Completa cinco lustros de Rectorado en el Colegio el preclaro sacerdote, cuyo nombre cierra en este momento la lista secular de los que dirigieron el Instituto fundado por el Arzobispo Cristóbal de Torres, el señor doctor Rafael María Carrasquilla. En aquella lista figuran hombres verdaderamente notables, hasta el punto de que algunos de ellos ejercieron la presidencia de la República y otros las más elevadas funciones eclesiásticas en la misma. Digno sucesor de aquéllos ha sido el doctor Carrasquilla: la mejor parte de su vida, activa y fecunda, la ha dedicado, con celo evangélico, con patriótico afán, al cuidado del histórico instituto. Ha sido el doctor Carrasquilla escrupuloso guardián del prestigio, de las instituciones y de las tradiciones del Colegio del Rosario. Pudo decir de él con razón el doctor Antonio Gómez Restrepo: «De año en año su espíritu se ha ido compenetrando con el del instituto, hasta

el punto en que su persona es un comentario viviente de las constituciones de Fray Cristóbal.»

¡Cuánta constancia, cuánta abnegación, cuánto patriotismo encierra la labor del doctor Carrasquilla en favor del Colegio del Rosario durante un cuarto de siglo! El ha puesto al servicio del Colegio sin restricción alguna y sin otro interés que el de la gloria de Dios y el bién de la patria sus múltiples y asombrosas facultades de filósofo, de pedagogo, de orador, de historiador, etc., etc., y las merecidas influencias de todo orden a que es acreedor.

Como filósofo no tiene el actual Rector del Rosario rival en la presente generación colombiana. Su reputación ha traspasado las fronteras de Colombia y autoridad tan alta como la de Fray Zeferino de Laviesca, Superior de los dominicanos en España, encuentra el texto de filosofía del doctor Carrasquilla superior a los de la misma clase que se enseñan en los colegios españoles.

El Rector del Rosario ha sido también en ese Instituto el profesor infatigable y ha sabido aunar la labor educativa a la instructiva, sin que pueda decirse en cuál de ellas ha prestado mayores beneficios a nuestra juventud. Conoce de la ciencia pedagógica tanto como de otras y sus trabajos sobre ella lo acreditan así.

Orador sagrado y académico de primera línea sus discípulos han tenido la fortuna de oír a diario aquella palabra que se desliza fluida, al par que convincente en la cátedra del profesor, que es verbo elocuentísimo cuando, en el púlpito, hace el recuento de la vida de los grandes prelados muertos, de Mosquera, de Arbeláez, de Paúl, o evoca las virtudes y los hechos de León XIII, de Pío X; y que es corriente purísima de palabras y de ideas cuando rivaliza con Donoso Cor-

tés, al hacer desde su silla de académico, la glorificación de la Iglesia o de la Patria.

Escritor castizo, ha enriquecido con producciones de variado orden el acerbo de nuestra historia y de nuestra literatura. Director de la Academia colombiana de la lengua, correspondiente a la de la Real española, ha contribuído como pocos en Colombia, a la obra de «limpiar, fijar y dar esplendor» al patrio idioma. Sus discursos académicos bastarían, por sí solos, para formar una reputación envidiable.

Cuando los claustros del Colegio del Rosario abandona su actual Rector es siempre atraído por alguna labor de interés para la República. Su nombre está asociado, en primera línea, a aquellos grandes actos de nuestra vida contemporánea, que como el Congreso Eucarístico, han constituído manifestaciones nacionales de nuestra unidad religiosa, de nuestra fe católica inquebrantable y de la paz de que disfrutamos.

El Colegio del Rosario tiene el Rector que merece y el doctor Carrasquilla está en el puesto que le corresponde. Allí, al frente de un Instituto fundado por un Arzobispo eximio y por el cual han ido pasando las más altas figuras de la Iglesia y de la Patria colombianas, está muy bien el sacerdote sabio, virtuoso y progresista, que ha sabido unir tan bien el espíritu evangélico, el amor ferviente a la patria y el afán por el progreso de ésta en todo orden, que personifica y continúa en el rectorado del más célebre de los colegios que fundó España en sus colonias americanas, la acción profundamente civilizadora de la Iglesia católica en favor de la juventud.

FRANCISCO JOSÉ URRUTIA

Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico